



JAIME BONEU

ALLORLO.

ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS





9527

Alcorlo es uno de los talentos más vigorosos y geniales de la actual pintura joven en España. Es un superdotado, nacido para el Arte. Alcorlo no es un hombre de un solo género o que pueda encasillarse en una época determinada. Alcorlo es un hombre creador que marcha, a buen ritmo, haciendo su propio camino. Dotado de una enorme sensibilidad, sorprende por el delicado colorido, por sus fabulosas condiciones de dibujante y por la concepción de sus temas. Abunda en sus obras el lirismo, la poesía, el humor, la sonrisa, la pulcritud. Todo un mundo original, rico, imaginativo, sorprendente, expresado a través de un realismo fantástico. Magia, subjetividad artística, vitalidad inagota-

9.527

ALLOPICO

ALLORLO.

JAIME BONEU

Profesor de la Facultad de Ciencias
Políticas y Sociología
de la Universidad Complutense.



9527

ALLORLO.



R. 34.200

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación
y Ciencia, Secretaría General Técnica.

Imprime: Edigraf - Tamarit, 130 - Barcelona-15

ISBN 84-369-0265-2 — Dep. Legal B. 24.831-1973

«Llamó a mi corazón un claro día
con un perfume de jazmín el viento...»

A. Machado

Introducción

Alcorlo tiene hoy 37 años. La misma edad que tenían cuando murieran el gran maestro Rafael y el también genial, en muchas de sus obras, Toulouse-Lautrec. Alcorlo, a sus 37 años, ha hecho un largo camino, mucho más que otros en una larga vida. Presentar al lector la vida y la obra artística de un hombre que aparece superdotado, como es el caso de Manuel Alcorlo, es algo que, a la vez, es fácil y difícil. Fácil, porque su obra no pasa desapercibida. Tiene lo que necesita toda obra de arte. Llama la atención del espectador. Braque decía a este respecto, «una pintura que no inquiete, ¿qué es?»

Por otra parte, hablar de Alcorlo tiene su dificultad. Sencillamente, porque hablar sobre el mundo en que uno

vive, en el que todas nuestras actividades y relaciones se hallan entramadas en un contexto social global, en el que influimos y somos influidos a la vez, constituye un verdadero obstáculo para ver con claridad. Críticos y artistas, entendidos y aficionados al arte, conocen y reconocen esta dificultad, y quizás más acentuadamente en nuestros días, por todo lo que está sucediendo alrededor del mundo del arte.

Por ello, con estos condicionamientos insalvables, somos testigos con poca perspectiva de los sucesos, de las personas, de la realidad en general que estamos contemplando. Estamos como en un bosque y los árboles no nos permiten ver más allá de una pequeña distancia. Si a esto añadimos la complejidad de nuestra sociedad actual, la situación crítica por la que se atraviesa en todos los campos, la falta de información o la insuficiencia de la misma sobre acontecimientos de todo tipo, algunos de ellos montados sobre secretas maquinaciones y maquiavelismos, hay que concluir con humildad y con todo realismo que hoy es difícil opinar con pleno o suficiente conocimiento sobre cualquier fenómeno actual.

En el análisis de los movimientos artísticos actuales, tan unidos a la evolución del pensamiento, a las evoluciones sociales y culturales en el más amplio sentido, tiene que plantearse la misma problemática. En cambio, analizar hoy el fenómeno que constituyó el movimiento de los prerrafaelistas es mucho más fácil que lo fue para los hombres de su tiempo. Ver bastante claro lo que fue el fenómeno político y cultural y social del romanticismo es hoy mucho más fácil que lo fue para los mismos románticos. Explicar hoy la caída del Imperio Romano, los siglos oscuros de la Edad Media, la aparición del Estado Moderno, el Renacimiento, la Ilustración, la idea del Progreso, los nacionalismos, etc. es hoy mucho más fácil para el estudioso que para los hombres que tuvieron que ser testigos de estos acontecimientos. Y esto se explica porque hoy la pers-

pectiva que tenemos es mucho mayor, más elevada; porque no formamos parte activa y pasiva de aquellos fenómenos y nos encontramos bastante fuera de su influencia directa.

Por esto, con toda la humildad que requiere en el investigador un enfrentamiento de este tipo, con toda la responsabilidad, con toda la ilusión y la esperanza de acertar de que somos capaces, vamos a exponer, a lo largo de estas páginas, los aspectos más destacados de la vida de este joven y ya consagrado pintor que es Manuel Alcorlo. Vamos a hablar de su pintura, que es, en definitiva, como hablar de él mismo.

«¡Señor, la guerra es mala y bárbara; la guerra odiada por las madres, las almas entigrece...!»

A. Machado

Primeros años. Las Escuelas de Bellas Artes. Aprendizaje y primeras experiencias

Manuel Alcorlo, como la mayor parte de las personas de nuestro país, en estos momentos, nació en unos años conflictivos. Apenas tenía un año cuando se desencadenó la guerra civil, una de las mayores tragedias de nuestra Historia Nacional. La guerra civil afectó en forma trágica a muchas familias españolas, de uno y otro lado. La familia de Alcorlo no fue una excepción y hasta hoy está soportando con tristeza profunda, pero con entereza y dignidad, con la mirada alta, lo que sigue siendo irremediable, pero que pudo evitarse.

No cabe duda de que estos hechos tenían que hacer mella en la persona-

lidad de nuestro pintor. Como lo hicieron también los otros hechos que siguieron, en aquellas circunstancias difíciles de la postguerra. La sensibilidad de Alcorlo debía sentirse afectada profundamente. Sólo podía salvarle y equilibrar su ánimo el amor y la comprensión que siempre ha tenido por los hombres y las cosas, su decisión de lucha, su dedicación al trabajo, su capacidad de ilusión, su sentido del humor y la ironía, su agudeza y realismo. Fueron estos primeros años los que él suele denominar, entre la amargura y el humor, los años «del bache». Años en los que tiene que haber desorden en su vida, como consecuencia general de lo que ocurre en el país, enfrentado ante una situación económico-social difícil y en un mundo que, de forma implacable, ha decidido llevar a cabo la más despiadada de las guerras.

En este ámbito de desorden, de expectativas que no se ven demasiado claras, tiene que aparecer con fuerza la decisión individual. Alcorlo recuerda con claridad la circunstancia en la que él decide, de forma definitiva, cuál va a ser el rumbo de su vida. La anécdota siempre nos ha emocionado cuando él la ha relatado. Imagínate, lector, a un niño de doce años, en la buhardilla de una casa antigua de Madrid. La buhardilla es fría; los muebles, austeros y sólo los necesarios. Sentado en la mesa del comedor, una tarde, ante la fotografía (una mala fotografía) de la cabeza del Cristo de Velázquez. El niño observa, con admiración y asombro, la obra de arte que tiene ante sí. De repente, siente como una percepción aguda, una seguridad en sí mismo (la seguridad que todavía hoy muestran sus obras), y un convencimiento de que «comprende» lo que tiene delante. Y, sin más, con decisión, copia a carboncillo. Es desde este momento cuando Alcorlo decide, de forma definitiva, que él va a ser artista. Desde este momento, la vida de Alcorlo no vibra más que por el Arte.

A partir de ahora sólo piensa en ingresar en la Escuelas de Artes y Oficios. En 1947 inicia sus estudios. Y luego en 1949, los prosigue en la Escuela de Cerámica de la Moncloa y en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Finalmente, en 1953, ingresa en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando. En estos años de aprendizaje, se va afirmando en él una fidelidad a la naturaleza y al estudio de las cosas. Son años, no obstante, de cierto desconcierto. Por un lado, la ciudad en que vive, Madrid, va perdiendo a pasos agigantados el encanto y el sabor que le caracterizaban. Pronto va a ser presa de la fiebre que atenaza la vida de las ciudades modernas, prisioneras en la misma cárcel que se han construido, sin previsión, para sí mismas. Por otro lado, Alcorlo nota cómo en el mundo del Arte, las cosas no aparecen nada claras. Hay dominio de lo pseudo, de lo formalista, de lo tradicional. Un entendimiento falso de los valores y de la sociedad en que uno vive. Es la época de los brillos desconcertantes y de la más absurda interpretación de la realidad. Y mientras sucede todo esto, en la década de los cuarenta, muere Solana.

Los años de aprendizaje son realmente duros para Alcorlo. Hay falta de información. Picasso sigue evolucionando de forma magistral y en España se le critica duramente. El genio de Picasso es despreciado, burlado, envilecido. Y sin embargo, las puertas del resto de los países del mundo se le abren llenas de respeto y admiración. Oficialmente, en España, Picasso es un pintor maldito. Y hasta hoy mismo, existen sectores capaces de cometer ataques a sus obras de arte, llevados sólo por cuestiones ajenas al mundo del arte. No obstante, hay que añadir que, al menos la postura oficial respecto de Picasso, es bien diferente de la de aquellos años.

Desde primeros de siglo hasta casi los años cincuenta, se desarrolló en España una lucha entre lo vulgar y lo original, lo mediocre y lo excepcional. Ofi



cialmente, vence lo superficial. El criterio que decide la «bondad» de una obra no se fundamenta en la calidad artística sino que se juzga sobre la habilidad técnica del artista que imita de forma rotunda la realidad. De acuerdo con esto, los pontífices oficiales máximos sentencian, aprobando o desaprobando, cualquier obra de arte sólo con las palabras «esto está bien» o «esto no está bien». Todo depende de si se ha expresado correctamente la realidad. Y debajo de los pontífices oficiales máximos se sitúa una burguesía que, en su mayor parte, está más preocupada por enriquecerse lo más pronto posible que de buscar con verdadero interés y seriedad la originalidad y el talento. Es una burguesía que se siente satisfecha, con la razón en todo, materialista, que lo sabe todo y, además, con una certeza infalible. Y esta burguesía se siente a gusto con el punto de vista oficial e incómoda con las innovaciones. Lo mismo que sucede en el mundo de la política, acontece en el mundo del Arte. La burguesía, especialmente en nuestro país, es tremendamente conservadora. Pero, la razón (lo venían anunciando los hechos desde hacía tiempo), no estaba de parte de los pontífices oficiales máximos del arte español, conservadores y tradicionales a ultranza, sino de los que querían demostrar los nuevos caminos del Arte.

Como se ha demostrado tantas veces a lo largo de la historia, la victoria final ha correspondido a los audaces, a los artistas incomprendidos, rechazados, ridiculizados durante la mayor parte de su vida o toda ella, a los artistas malditos, finalmente aceptados y elevados a la cumbre de la gloria, a veces por los mismos que en otros tiempos les rechazaron.

Alcorlo, como otros pintores y artistas de su tiempo, no encontraba durante los años de su aprendizaje en las escuelas, la mano maestra que le advirtiera y le mostrara la amplitud de los caminos del arte, la necesidad de la libertad de expresión para la ejecución, que

facilitara el desarrollo normal de la personalidad. Más bien lo que abundaba en las escuelas de aquellos tiempos, salvo excepciones honrosas, eran estrechos corsés, asfixiantes normas y exigencias. En esta situación, los alumnos no tenían más remedio que buscar fuera de las murallas de la fortaleza de las escuelas oficiales lo que no se les ofrecía dentro de ellas. Alcorlo reconoce que durante el tiempo en que fue alumno pintaba lo mejor que podía y sabía. Pintaba lo que veía, pero no miraba, de verdad, lo que tenía delante, no profundizaba y, por lo tanto, no captaba, no «comprendía» lo que veía. Es fuera del ámbito de la escuela, en el Museo del Prado, donde va encontrando caminos, soluciones, inspiraciones. Es allí donde sigue encontrando hasta hoy tantas cosas nuevas, admirables. Como decía Van Gogh del arte japonés, de los primitivos, de los griegos, el Museo del Prado es para Alcorlo una fuente que nunca se acaba. Allí se pasó Alcorlo sus buenas largas horas, día tras día, recorriendo caminos asombrosos de los secretos del Arte, de la mano de su «amado D. Francisco».

Pero, a pesar de estos aspectos tan negativos en lo que se refiere a la enseñanza en las escuelas de arte, estos años son inolvidables. No en balde le ofrecieron las primeras emociones de sus obras. Allí comenzó a tener los primeros contactos con el yeso, copiando a Fidias y los griegos. Allí es donde anidaron las primeras ilusiones, las buenas amistades. Allí vio crecer en sabiduría y experiencia a los que hoy son grandes: los Lucio, Antonio López, Cristino de Vera, etc.

Más tarde, en la Escuela de Bellas Artes, continuó con el mismo espíritu de superación, con la misma seriedad y dedicación plena. Y allí, la amistad y el contacto con los compañeros van condicionando la evolución que va a experimentar en los próximos años.

«Sólo tienen cristal los sueños míos...»

A. Machado

Período constructivista

Las primeras obras de Alcorlo, presentadas en la sala TAU, de Madrid, en 1955, pertenecen a varias experiencias técnicas. Hay aspectos interesantes que se pueden destacar ya. Naturalmente, como decía Flaubert, «el talento es una larga paciencia», y a pesar de las cualidades y dotes de Alcorlo, en esta primera exposición se nota cierta falta de unidad conceptual. Son obras expresionistas, quizás con raíces cubistas.

Dos años más tarde, en 1957, obtiene una tercera medalla en pintura por su cuadro «La cepa» y otra tercera medalla por un dibujo. Ambas medallas las consigue en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Todavía sigue con su expresionismo, tendiendo más bien hacia el constructivismo. Aunque no ha estudiado todavía detenidamente los

maestros de una serie de escuelas pictóricas, sin embargo, en este camino constructivista, obtiene obras apreciables. El constructivismo le proporciona posibilidades que aprovecha hábilmente. Ciertos retratos son extraordinarios. Utiliza las formas geométricas con mucha mesura. No se trata, como decía Cézanne, al respecto, de reducirlo todo al «cilindro, la esfera y el cono». Postura que es, en definitiva, la opuesta a Mondrian que exigía que se expresase en las formas geométricas más puras, como, por ejemplo, el rectángulo. Alcorlo se expresa en esta etapa constructivista coincidiendo, en cierta forma, con lo que dice Romero Brest que debe ser el constructivismo, «dar vigor pseudogeométrico a las formas dinámicas de la emoción». El dibujo de Alcorlo en esta época es vibrante, incisivo y, al mismo tiempo, como decimos, en cierta medida, geométrico.

Al terminar los estudios, expone en el Ateneo de Madrid. Aquí aparece ya con más madurez, más dominio, con ambición e ideas. La originalidad, decía Van Gogh en una carta a su hermano Théo, «¿no será fruto de un esfuerzo de la voluntad y la observación intensas?» No cabe la menor duda. El trabajo ininterrumpido, junto a sus cualidades naturales, será la característica de Alcorlo y lo que ha hecho y hará de él, esperamos, uno de los pintores más dignos de ser seguidos con atención en los próximos años.

En esta exposición, hay ya más unidad. Grandes retratos, composiciones religiosas, bodegones con objetos que permiten estudios de composición más o menos cubista.

Inmediatamente después, Alcorlo se presenta a las oposiciones que organiza la Academia de Bellas Artes para proveer unas plazas de alumnos pensionados en Roma. Y Alcorlo obtiene una plaza en la Academia de España en Roma. Y se abre en los próximos años, cuatro, la etapa más decisiva en su evolución artística.

«No, mi corazón no duerme.
Está despierto, despierto.
Ni duerme ni sueña, mira,
los claros ojos abiertos,
señas lejanas y escucha
a orillas del gran silencio.»

A. Machado

Estancia en Italia: Impresiones italianas

El viaje a Italia, los cuatro largos años que allí estuvo, además de la posibilidad de viajar a países que pudieran tener interés para su exclusiva formación personal, puede considerarse como fundamental en la vida artística de Alcorlo. Alcorlo necesitaba esta etapa de aislamiento, de reflexión sobre los problemas que se le habían planteado en su recorrer artístico, de contacto con las grandes figuras del Arte que, hasta el momento, no había podido estudiar detenidamente. Y también necesitaba sentirse liberado de unas ataduras que le oprimían el espíritu. En Roma encon-

tró todas estas circunstancias y facilidades. Y yo me imagino a Alcorlo libre, como me imagino a su admirado Paul Klee, cuando llegó también a Roma un día para liberarse del clima opresivo que tenía que soportar en Munich. Y me imagino a Alcorlo asombrado, con un asombro total, al enfrentarse con Italia, al encontrarse con las maravillas del arte etrusco, el cristiano primitivo, el bizantino, las basílicas y las formas barrocas, el gótico lombardo con sus vetas expresionistas, el Renacimiento y los grandes pintores y escultores. Debió ser un asombro parecido al que sintió Stendhal y que tan bien se deduce al leer su «Viaje a Italia». Y no es para menos. Un hombre de la sensibilidad de Alcorlo debió gozar a sus anchas en la etapa romana. Una etapa hermosa de su vida, pasada en un país al que no olvidará jamás y, según sus propias palabras, lleva muy dentro del corazón.

Una de las grandes sorpresas que tuvo en Italia fue su encuentro con las obras del Caravaggio, impresionantes por su potencia y originalidad. Viendo las magníficas realizaciones de la Iglesia de San Luis de los Franceses en Roma y las que se pueden contemplar en Nápoles es evidente, dice Alcorlo, el influjo que tuvo Caravaggio en nuestros grandes pintores del siglo de Oro.

Otra profunda impresión le produce la contemplación de la pintura, las tumbas, los vasos y objetos de uso de la cultura etrusca. La misma sensación de vitalidad, de verdad, le producen las pinturas de Pompeya y Herculano.

De la pintura toscana, le impresionaron sobre todo los grandes frescos de Giotto y de Piero della Francesca. Ve en ellos el triunfo del orden y de la arquitectura. Giotto es un poeta de Toscana, Piero es la solemnidad, la postura del alma, dice Alcorlo. Toscana le impresiona vivamente, tanto, que no duda en escoger un maestro de esta tierra para realizar la copia que pide la Academia a sus pensionados. El maestro toscano es Luca

Signorelli. La obra seleccionada figura como uno de los frescos del Monasterio de Monte Oliveto. La copia realizada por Alcorlo es soberbia.

Admiró a Leonardo en la Galleria degli Uffici, en Florencia, y a Mantegna en la magnífica exposición que se hizo de toda su obra en el famoso Palacio Ducal. Asimismo, le emocionó enormemente la obra de Fra Angelico, su espiritualidad, su alegre misticismo. Único, en este sentido, es el convento de San Marcos, en Florencia.

De las exposiciones actuales de carácter didáctico guarda un recuerdo especial, por lo que aprendió de ella, de la organizada por el Museo de Arte Moderno de Italia, en recuerdo de Gropius y de la Bauhaus. En ella se ofrecieron obras de Paul Klee, Kandinsky, Schomberg, etc.

Viajes por Europa

El período dedicado a los viajes lo distribuye Alcorlo entre los países que, a su modo de ver, le pueden ofrecer más en el aspecto artístico, bien por la tradición artística que han tenido, bien por las obras que han acumulado en sus museos. Así, los países por donde va a viajar van a ser Inglaterra, Holanda, Bélgica, Francia y Grecia.

En Inglaterra, se emociona ante las obras de Fidias y las esculturas asirias. Sólo por ver estas muestras de Arte vale la pena ir a las Islas Británicas. También le interesó Turner, por su forma de conjugar los colores y el empleo de la luz. Allí contempla también obras de Max Ernst y otros surrealistas. Finalmente, elogia la obra de Bacon, a quien considera uno de los mejores pintores británicos.

En Francia, realizó un curso de grabado en la Escuela de Bellas Artes de París. Y allí, durante su estancia, pudo ser testigo del éxito alcanzado por una exposición de pintura española, entre cuyas obras des-

tacaban una serie de pinturas de Berruguete, poco conocidas, realizadas en la corte de Urbino. Visitó diferentes ciudades francesas, especialmente Colmar, de la que guarda un recuerdo imborrable porque allí pudo contemplar el magnífico retablo de Grunewald. Y en la Sorbona, pudo escuchar conciertos de Schomberg, tan relacionados con la pintura cerebral de Paul Klee.

De Holanda y Bélgica le interesaron mucho la pintura de los Van Eyk, especialmente la obra «Milagro del Cordero místico». Allí disfrutó estudiando a Rembrandt y Vermeer.

Finalmente, queda el viaje a Grecia. Si profunda fue la huella que le produce la estancia en Roma, no va a ser menos la que le va a provocar Grecia. No cabe duda de que Grecia es un país sugerente para todo artista. Y las impresiones que recibe en Atenas, la isla de Creta, Eleusis, Heracleión, Lesbos, Rodas, Samos, etcétera, son profundas. Grecia queda para Alcorlo como un recuerdo inolvidable, como una experiencia tan importante en su vida que todavía hoy su fantasía, su imaginación, se nutren y enriquecen de aquella influencia.

Obras artísticas de este período

Las obras de arte de esta época tienen otro aire. Las influencias acumuladas en los viajes, el estudio directo de los maestros, el contacto con otros compañeros, el intercambio positivo de experiencias, todo ello hace que la imaginación, la forma y el contenido de sus obras vaya adquiriendo una madurez más conseguida. Prueba de ello, prueba de que Alcorlo está viendo ya más claro sus posibilidades, comprendiendo el mundo que le rodea, es su interpretación original de la vida de los hombres y de los acontecimientos diarios bajo el prisma del humor. Y prueba de que Alcorlo avanza en este conocimiento es que acierta en la inter-

pretación de estos hechos y acierta también en la expresión que de ellos hace en sus obras. Pero, hay más. Acertar a través de la veta humorística en la explicación e interpretación de nuestra sociedad actual, sin decaer, manteniendo la dignidad, el equilibrio, y el buen gusto, es señal evidente de que quien lo realiza es un hombre inteligente, capaz de profundizar en el acontecer humano, de interpretarlo y reinterpretarlo, después, en definitiva, que esto es precisamente lo que Alcorlo hace en su obra.

Con estas obras realizadas a mediados de los años 60, Alcorlo comienza una etapa que dura hasta hoy. El humor será un elemento fundamental en la mayoría de ellas. Aunque alguien pueda ver ciertos ecos impresionistas, especialmente en las primeras obras de esta época, sin embargo, su personal sentido del humor, su original faceta interpretativa, única, y el mismo empleo del color y la materia, hacen que los ecos impresionistas bajen de tono y nos encontremos con un artista que busca su propio camino. La enorme personalidad del artista hace que, del diálogo entre él y el mundo, surja una obra de arte en la que prima más el genio del individuo que la influencia de una corriente determinada.

En las obras de estos años, y citamos obras de formato grande, figuran los cuadros de «Los actores», «La gran parada», «Diálogo entre la marquesa y el general», «Historia de cuernos», «Twist americano», y también se podría incluir en este grupo el cuadro del envío del segundo año de su estancia en Roma. En todos ellos, encuentra el espectador la máxima libertad de ejecución y los temas son de una gran alegría y desenfado. Asoma cierta crítica, ironía sobre determinados estamentos sociales, pero, como luego hablaremos, aun en las críticas más duras, Alcorlo no pierde nunca el equilibrio y la medida (que tanto reforzó con sus visitas a Italia y Grecia). Alcorlo no aparece desgarrado jamás. Si critica lo hace a través de un fino

humor, que es su forma de interpretar las cosas. Y aunque critique, su gran corazón no puede dejar de sentir amor e interés por los mismos personajes a los que se ve precisado a poner un poco en la picota. Alcorlo demuestra tener por ello, una profunda humanidad.

En la misma época, junto a este grupo de obras de aire festivo, alegre, desenfadado, y quizás como contraste, consciente o inconsciente, realiza otras que contienen cierto dramatismo que se muestra en los temas y en el mismo color. Es un conjunto interesante y que un día merecería un estudio más detallado. Especialmente, desde el punto de vista psicológico, aunque por descontado, la obra merece también la atención del investigador por su valor artístico. Estos cuadros están inspirados en sueños, en temas literarios, en temas de actualidad. Los títulos no pueden ser más expresivos: «El sueño de un loco», «El sueño de la opresión», «El sueño del obispo», y otros. En ellos, se deja llevar plenamente de la imaginación, mejor diríamos del inconsciente. Emplea símbolos que encajan perfectamente en el contenido de los cuadros y facilitan la comprensión del mensaje. Y, como nota interesante, también debe destacarse que, en este grupo, y como parece lógico, dado lo que venimos hablando, aparece, en suma, cierta veta de surrealismo.

Entre los cuadros citados anteriormente, encierra un gran interés el titulado «El sueño del obispo». Confesamos que, cuando lo vimos por primera vez, nos impresionó vivamente. En él puede comprobarse una unidad fundamental entre la sustancia y la estructura de lo real y el mundo de lo sobrenatural. Y todo lo funde el artista en una atmósfera única. Hay en el cuadro una fusión de los dos universos, el terrestre y el más allá. El cuadro es un homenaje a la gran figura de Juan XXIII. El sueño, es el sueño de la muerte. El obispo es el Papa Juan. En este cuadro, Alcorlo quiere rendir un cálido recuerdo a su persona,

a su bondad y a sus desvelos por acercar a todos los hombres, por su continuo trabajo por la paz en el mundo. Por esto, el artista parece que se niega a aceptar su muerte y la presenta como un sueño, el sueño de un gran obispo, obispo universal, el hombre de la paz y la concordia entre los hombres. Un sueño del que intenta devolverlo a la existencia. Una existencia, si se quiere superior, pero que no le impide mantener su presencia en el mundo, velando por él, aunque haya superado la vida.

De los cuadros de inspiración literaria, mágica y fantástica, se pueden citar los cinco que componen los «Cuentos para niños». Son cinco tablas de fuertes colores, en las que Alcorlo amalgama toda una serie de sugeridores motivos infantiles. A este grupo de obras se podría sumar el conjunto de cuadros inspirados en los cuentos de Hoffmann.

A todas estas experiencias, Alcorlo une otras que nos parecen del mayor interés. Estas aparecen en un grupo de obras en las que priva el elemento poético. No es que en las otras obras falte este elemento, sino que lo que sucede es que en éstas se acentúa más. Son la serie de paisajes, de gran serenidad, en los que parece que hasta el mismo tiempo se detiene. Son cuadros que están influidos por el reciente viaje a Grecia y, en ellos, vibra el equilibrio, la medida, el sentido de la belleza que impresionó tanto a Alcorlo. Una sensación que, según él, podía encontrarse en el mismo ambiente, en el aire, en el mar de Grecia. De este grupo de cuadros pueden citarse: «Naranjos en la noche», «El níspero», «La cabra» (inspirado en poesías de Safo), «El magnolio», «Roma sera», y otros.

Al mismo tiempo realiza aguafuertes con estos mismos temas y llevado por la inspiración poética. Algunos de ellos los manda a Madrid y son premiados, como «Ragusa» y «Sueño romano».

Es ésta una colección de obras muy buena de Alcorlo y de la que él se siente muy satisfecho. Es otro

período importante de su vida, porque la poesía es fundamental en la vida de un artista. Por ello, es bueno ver a Alcorlo metido de lleno en la hermosa tarea de aportar el máximo de poesía a su obra de arte. Es una época ésta de que hablamos en la que Alcorlo siente una gran satisfacción personal y tranquilidad de ánimo. Su vida, sus días, transcurren en pleno ocio creador, buscando la belleza desde el alba a la noche. Decimos como decía Baudelaire de un pintor de su tiempo, por el que el escritor sentía una gran admiración: «El pintor y el poeta iban, más que nunca, andando juntos al mismo paso». ¡Qué gran acierto!

Hay otras obras de este tiempo que también son interesantes y que no debemos olvidar en este recuento. Especialmente, el titulado «El tren de Madrid-Zaragoza», que quiere ser un recuerdo homenaje al pueblo español. El admirado Joaquín de la Puente ve en este cuadro un viaje enloquecedor. Y puede que tenga razón. Para hacer un homenaje a nuestro pueblo uno tiene que imaginarse algo que se salga de las coordenadas normales.

Otras obras de esta época, en las que se nota, cada vez con mayor claridad, cómo se van conformando los componentes de la pintura mágica de Alcorlo, son «El homenaje a Galileo», «Desnudo», «El bodegón de la Gioconda», «Homenaje a Marlène», dos «Paisajes de Roma», y otros de la campiña de los Abruzzos.

Exposiciones y participación internacional

La estancia en Italia internacionalizó un tanto el espíritu de Alcorlo. Saltar de la meseta castellana a las colinas de Roma es un salto siempre importante. Por ello, Alcorlo no desaprovecha la ocasión de mostrar al público sus obras, como hacen también sus compañeros de Academia. Así participa en varias exposiciones internacionales. Entre ellas, la IX Exposición Internacional de Grabado de Lubljana, Yugoslavia, en

1962. Luego, participa en la Bienal de Alejandría, en 1963, en donde obtiene críticas excelentes y el Museo de Arte de El Cairo adquiere una de sus obras. Más tarde, también colabora en el Concurso de Pintura Internacional de Maggio Engubbino, en Gubbio, Italia, en 1964, donde obtiene un Premio. En forma colectiva, participa también, junto con los otros compañeros de la Academia de España en Roma, en las exposiciones organizadas en las ciudades italianas de Palermo, Spoleto y Roma.

De esta forma brillante, termina la estancia en Italia de Alcorlo y, a su vuelta a España, se encuentra enriquecido su espíritu, más fuerte y seguro de sí mismo, dispuesto a seguir luchando por encontrar nuevos caminos en la consecución de obras de arte. La comprensión del Arte, de la vida, la capacidad de adivinar un mundo, una personalidad, y encerrarlo en una forma, están ya en Alcorlo. Lo ha conseguido definitivamente en estos cuatro años romanos. Y él se siente seguro de ello. Antes de Roma, Alcorlo intuía dónde podían estar los hilos de la trama. En Roma ha podido constatar la realidad de una obra de arte, ha caído en la cuenta de la singularidad de los sitios, de los tamaños, de las materias y, por tanto, ha podido sentir íntimamente esa emoción profunda que comunica la auténtica obra de arte. Y este fue para Alcorlo el gran aprendizaje romano que no ha olvidado, aunque la vida le haya zarandeado en circunstancias y acontecimientos diversos. Un gran aprendizaje realizado en la intimidad de su amplio estudio de la Academia romana, en donde su corazón estaba despierto, sus ojos abiertos profundizando en los hombres y las cosas, viendo «señas lejanas», y sus oídos, siempre alerta, escuchando «a orillas de un gran silencio». Roma fue para Alcorlo el silencio creador, el gran cuartel de invierno, el ocio griego tan necesario para la meditación, la reforma intelectual y la creación en el más amplio sentido de la palabra.

«Sentimos una ola
de sangre, en nuestro pecho,
que pasa... y sonreímos
y a laborar volvemos.»

A. Machado

Etapas recientes: 1965-72

Arte y sociedad

Alcorlo sigue en su actitud interpretadora del mundo actual expresando sus impresiones a través de claves humorísticas, como hemos dicho más arriba. Nuestro mundo de hoy no es precisamente un lugar agradable, al menos para la mayoría de los seres humanos. No cabe duda de que para algunos éste es un magnífico lugar. Pero, son los menos. Para los más, la vida es muy problemática. Y Alcorlo expresa sus repulsas contra aquellas actitudes y circunstancias que no le gustan.

La pintura para él no es «un medio como otro de olvidar la vida», como

decía Rouault. Al contrario, su pintura está inmersa en la vida misma. Alcorlo es un artista que sueña con la posibilidad de construir un mundo mejor. Un día confesó con toda claridad que él quería comunicar alegría y paz; no la paz de los muertos sino la de los vivos. Su ilusión era que sus pinturas pudieran convencer a los espectadores de la necesidad de conseguir una sociedad más justa. Por todo ello, no se puede decir que Alcorlo trabaje resbalando por los acontecimientos de la vida sin penetrar en ellos. Es un error creer que sus alegorías y sus símbolos son puro diletantismo y superfluidad. Alcorlo es un artista enraizado en la sociedad en que vive; se irrita contra las situaciones injustas y las violencias, se emociona ante lo noble, el amor, los valores espirituales, la generosidad; se enfrenta con ironía, y a veces con sarcasmo, a la ignominia; defiende, en fin, con todas sus fuerzas, todo lo que representa libertad, espontaneidad y dignidad. En él creo que se cumple perfectamente aquella metáfora del árbol que repetía Paul Klee y que hacía referencia a las relaciones entre el artista y la sociedad: «El artista sólo es tronco, la realidad (sociedad) es la raíz y el arte es el fruto y la flor». Las obras de Alcorlo, en este sentido, no son más que una interpretación sincera de nuestro mundo de hoy. Una interpretación llena de sensibilidad, poesía e inteligencia.

Contenido

A Alcorlo le preocupa, como es natural, el contenido de cada una de sus obras. Cada obra, dice, debe ser como una narración; algo que comienza, tiene su desarrollo y termina. Y todo de una forma lógica, sin sobresaltos ni absurdos. Alcorlo intenta esto unas veces a través de personajes, reales o imaginados; otras, por medio de símbolos y otras utilizando personajes y símbolos a la vez. Como los prerrafaelistas y nazarenos, Alcorlo es un romántico espiritual que da mucha im-

portancia al tema, al pensamiento, al asunto que motiva la creación de toda obra de arte. Pero, se aparta de ellos al preocuparse, al mismo tiempo y con la misma intensidad, de la plástica, de cómo ofrecer al público lo que intenta narrar por medio de un dibujo magistral, sus colores y sus atinadas, sorprendentes y casi mágicas veladuras.

La responsabilidad que siente Alcorlo, como todo verdadero artista, respecto de cada una de sus obras, hace que tarde en autoconvencerse de que una obra esté prácticamente terminada. Alcorlo deja reposar una y otra vez sus cuadros, para volver a ellos más tarde, con nuevas ideas y técnicas, intuición y habilidad, trabajando sobre la parte mejorable. El resultado de este continuo volver, meditar y perseguir obstinadamente una obra bien terminada es la consecución de obras de gran mérito.

Insistimos en este trato laborioso de las obras de Alcorlo porque a más de uno le puede parecer que tienen mucho de instintivas. La verdad es que la pintura de Alcorlo es instintiva, pero también contiene una buena parte de profunda meditación. Es racional, aunque en determinados momentos parezca totalmente espontánea. Esto que afirmamos está demostrado, primero, porque Alcorlo, hoy, y por muchos años, está con nosotros y comprobarlo es tarea fácil. Segundo, porque en sus conversaciones y en sus propios escritos, en los que analiza su obra, se nota la preocupación por la obra bien hecha. Y, aunque es hombre seguro de sí mismo y cree firmemente en sus posibilidades, realiza la gran proeza de «dudar». Y en esta proeza, en este acto de verdadero intelectual, lleno de humildad y realismo, quizás resida el mayor secreto de lo que ha conseguido hasta el momento y vaya a conseguir en el futuro. La duda es la que ha abierto los grandes caminos a la ciencia, a la investigación de todo tipo.

Alcorlo calcula detenidamente los aspectos cromáticos de su obra. Pretende que cada objeto, símbolo o personaje, ocupe el lugar debido en el conjunto espacial. En éste, todo se encuentra medido y calculado para que nada quede vacío o pueda alterar el ritmo o equilibrio, la armonía general del cuadro o la narración de su contenido. Alcorlo, en la realización de estos ajustes, y en líneas generales, en la concepción de sus obras, desarrolla una intencionada e inteligente sencillez, muy difícil de conseguir, pero en la que demuestra hasta dónde puede llegar en sus creaciones.

Alcorlo se expresa con la misma claridad y rotundidad en cuadros de pequeño tamaño como en las grandes superficies. Es más, casi nos atrevemos a decir que en las grandes superficies es donde le vemos emocionarse plenamente en la realización de sus proyectos. Existen murales de amplia superficie en los que se ha volcado lleno de inspiración y acierto y cuadros de considerable tamaño sobre cuyas telas se ha deslizado, sin problemas, su pincel alegre, vital e imaginativo. En todos ellos, brilla la magia de su dibujo y colorido, milagro de la fantasía y excelente gusto. Todo fluyendo sin parar, como de una fuente inagotable.

Técnicas

Alcorlo posee una habilidad natural extraordinaria que, encima, ha cuidado de perfeccionar con el aprendizaje a fondo de los oficios, con nuevas experiencias y nuevos campos de aplicación. A veces, Alcorlo alude a sus dioptrías. No se le puede hacer caso. Tiene una visión extraordinaria, quevedesca, ve profundamente. Si a ello se añade la intuición y la experiencia, la consecuencia es fácil de deducir.

En el dibujo, Alcorlo se encuentra, al menos así lo parece de puertas afuera, como un hombre para el que no existen obstáculos. Más adelante, hablaremos de la «facilidad» de Alcorlo. Pero, lo que sí aparece en sus



La Barca



El Magnolio

1964



Bodegón

Encierro

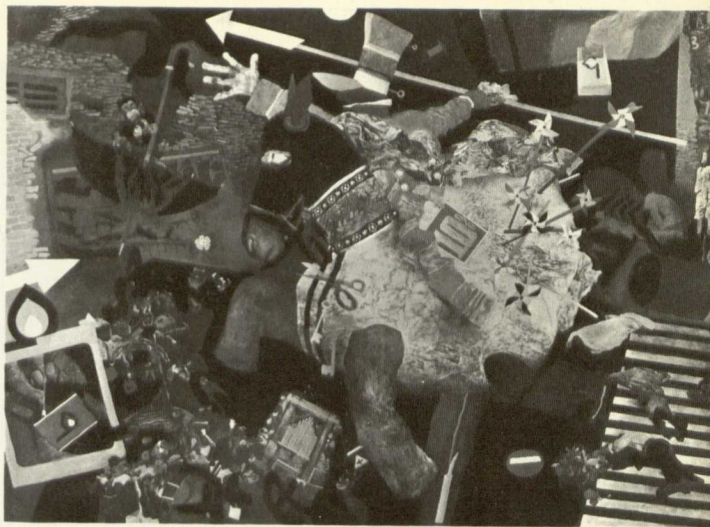


Gentes





Interior



El Caballo

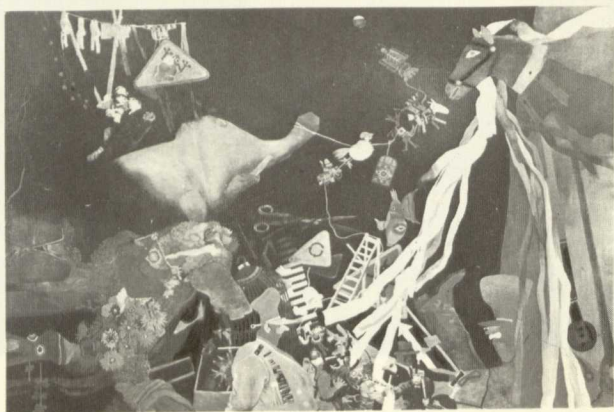


Sueño



Destrozados

La Boda



Sueño







La Noche



El Camión

Lavanderas





Retrato



La Terraza

Ciclista



La Visita



La Fuente





Paloma



Calle

dibujos es una gran desenvoltura. La desenvoltura con que uno se imagina se tiene que mover un gran señor que da órdenes y todo se cumple como él manda. Así se decía de Toulouse-Lautrec.

El dibujo es para Alcorlo lo más abstracto por lo que tiene de dificultad de comprensión. Es lo más difícil de entender artísticamente, plásticamente. Por tanto, ahí está la base, lo más importante de toda gran pintura. En el dibujo, Alcorlo es un verdadero maestro. Tiene como norma el empleo de lo necesario, realiza sabiamente lo que se llama economía de medios, consiguiendo un equilibrio, siempre difícil, pero siempre logrado, que oscila entre la audacia y la prudencia de sus empresas. Los dibujos de Alcorlo están llenos de vida (es la obsesión de Alcorlo). Y hay vida porque hay verdad siempre. Y la verdad y la vida en sus dibujos vienen acompañados siempre de un gran calor humano, de una dignidad y delicadeza inconfundibles.

En el grabado ha realizado obras de auténtico mérito. Ahí están sus premios y su participación en numerosas exposiciones tanto en España como fuera de ella. Alcorlo tiene siempre presente el grabado en su profesión y le gusta por lo que tiene de directo y definitivo. Siente preferencia por la xilografía y el aguafuerte y de todo lo que ha sido su vida y arte, en este sector, hay algo que recuerda con singular aprecio: su amistad con Dimitri Papageorgiu.

De la técnica en general, es decir, del bagage de experiencias y maneras de expresión en la pintura, Alcorlo prefiere las técnicas de agua. En ellas, aún todo un conjunto de aprendizajes, asimilados y mejorados con propias experiencias y ensayos, llevados hasta sus últimas posibilidades. En el empleo de estas técnicas consigue obras de un colorido extraordinario que, unido a la perfección a que ha llegado en el dibujo, obtiene conjuntos en los que existe verdadera vibración, movimiento, vida. A través de estas técnicas, Alcorlo puede expresar mejor en estos momentos algo

tan difícil como es exponer las sensaciones, las ideas a través de su arte. Porque esto y no otra cosa es una obra de arte, como decía Gauguin: «una especie de equivalente **apasionado** de una sensación recibida».

Aptitudes naturales de Alcorlo para el Arte

No nos hubiésemos quedado tranquilos si no afrontamos este aspecto fundamental de la personalidad artística de Alcorlo. Se dice, y es verdad, que Alcorlo es un hombre nacido para el Arte, que las cosas le salen fácilmente en arte. Es verdad. Viéndole dibujar, pintar, parece que no existen dificultades ni en sus ágiles manos, y sabias, ni en el orden que reina en su cabeza ni en las posibilidades de su imaginación y fantasía. En un descanso en el trabajo de un cuadro, puede hacer maravillas con una pieza de latón, un dibujo inacabado o interpretar con dignidad al violín una pieza de Mozart o una fuga de Bach. Joaquín de la Puente ha escrito que Manuel Alcorlo es un superdotado extraordinario, que ha nacido para pintor, para artista y que posee asombrosas facilidades de ejecutante. Todo esto es verdad. Pero, al enjuiciar las obras de Alcorlo no solamente hay que pensar en esta facilidad innata que posee. Esto nos llevaría a pensar que a Alcorlo las cosas le salen gratuitamente, sin esfuerzo. Y esto no sería exacto. A la enorme facilidad hay que unirle las muchas horas de ejercicio, de práctica, de meditaciones, de ensayos, con éxito o fallidos, de lecturas y de preparación general. A todo esto hay que unirle una gran preocupación por todo lo que se refiere a su oficio, y a todo ello también hay que añadirle la gran proeza de la duda que realiza siempre, con humildad, preguntándose a sí mismo si está en lo cierto, si lo que hace es lo que debe ser.

La facilidad y experiencia de Alcorlo permiten que trabaje, en algunos momentos, a buen ritmo. Pero, un trabajo que puede hacerse con cierta rapidez no

quiere decir que se haga con menos seriedad. Todo depende, decía Van Gogh, del aplomo que se tenga y de la experiencia. Cuando alguien le decía a este gran pintor que alguna de sus obras la había hecho muy rápidamente, contestaba con dominio que a ello se tenía que objetar que quizás se había contemplado demasiado aprisa.

Lo más importante de la facilidad de Alcorlo es que él no se permite el lujo de abandonarse a ella, porque conoce el elevado precio que pagaría por ello y porque no es hombre acostumbrado a la vida fácil. Es hombre siempre de lucha, de inquietudes profundas y variadas. No tolera posturas falsas en su oficio, en su vida. Ni siquiera en las de los demás.

Exposiciones de 1965-72

En este período, Alcorlo viene demostrando en cada una de sus exposiciones la madurez de su oficio, de su habilidad y experiencia. La muestra en la Sala de la Dirección General de Bellas Artes (1965) causa verdadera expectación en el público y le abre camino para que la crítica más entendida le siga de cerca a partir de este momento. Buen fruto de la experiencia en Roma.

En 1965, participa en la Bienal de París y en una exposición, junto a otros 39 pintores, en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. En 1967, expone en la Galería Da Vinci, de Madrid, y en la Sala Grises de Bilbao. En 1968, vuelve a Segovia después de algunos años, y expone, individual y colectivamente, en la Casa del Siglo XV. En 1969, ofrece el Festival Alcorlo, lleno de color, gracia, sagacidad y profundidad. El público y la crítica, como se verá más adelante en los comentarios escogidos de la misma, agradecen la muestra de Alcorlo que viene a constituir una especie de despertador en la adormecida vida artística madrileña de aquel año. En 1970, vuelve a exponer en la Galería Da Vinci.

En 1971, expone una serie formidable de dibujos en la Galería Macarrón, que son alabados por todos. En 1972, ofrece un nuevo espectáculo con su «Opera cómica», en la galería Antonio Machado. Esta constituye una magnífica colección de obras, en las que sigue imperando el acierto de su colorido, el humor, la sabiduría de su dibujo, el talento en la concepción de los temas, creando todo ello un ambiente mágico inigualable.

Resumen final

Aquí termina este comentario biográfico de un artista, Manuel Alcorlo, y su obra hasta hoy. A través de estas páginas, hemos querido señalar algunas cosas fundamentales de este pintor, gran artista y hombre de bien, si los hay. Hombre de voluntad firme, roqueña. Hombre de vida austera, retirada, enraizada y enderezada plenamente hacia el Arte. Sus obras impresionan por la perfección de su dibujo, el acertado cromatismo y la sabia concepción de los contenidos. Su pintura es siempre un festival para la vista, por la composición, la serenidad y la armonía. Su pintura es placer visual y placer para el entendimiento.

Hombre de profundos sentimientos, con indudable vena poética, con desarrollado sentido del humor, capaz de comprender la alegría y el dolor de la vida, la amistad y la soledad. Con ribetes de escepticismo, lucha y se renueva. Observador incansable de la sociedad en que vive. Marcha al ritmo de su época, consciente de que no se puede volver atrás, ni cerrar los ojos a una realidad presente, que siempre es otra que la pasada. Le entristecen las actitudes belicistas, de desafío, de opresión, de fuerza, de monopolio. Al contrario, Alcorlo siente la alegría de vivir, la necesidad de vivir. Por ello, hay algo en él que le lleva a salvar lo salvable, en él y en los demás y en las cosas. Alguna vez ha dicho que para conseguir una sociedad mejor,

para vivir con más dignidad y libertad, como auténticos hombres, sería necesario que todos cargásemos sobre nosotros mismos la tarea de borrar tantos siglos de fraudes y engaños que ha amontonado la Humanidad en su larga historia. Sólo así, ve Alcorlo la posibilidad de construir una nueva sociedad. A pesar de las dificultades que esta empresa encierra y otras muchas cosas que guarda en su ánimo; a pesar de haber visto Roma (Roma veduta...), este hombre de gran corazón y gran artista, sigue creyendo en Dios, el verdadero, el que no tiene etiquetas, ni es monopolizado por ninguna clase. Enamorado de los valores, sigue buscando, no sin esfuerzo, pero con esperanza, día a día, la Belleza. No la arquetípica y la amanerada, sino la Belleza, la eterna, la que sigue estando viva todavía en el corazón y en el alma de los hombres. La Belleza que buscaron y encontraron los artistas, los verdaderos artistas, los grandes de todos los tiempos.

EL PINTOR ANTE LA CRITICA

FRANÇOIS PERCHE

«Alcorlo es un pintor nato. Debe destacarse su voluntad de crear, sin ninguna concesión, obras que se acostumbran a llamar realistas, pero que demuestran un temperamento fuerte, sensible, en el que se percibe una fuerte inquietud... Es su corazón el que bate a lo largo de toda su obra, es su espíritu, su sangre, es su alma que nosotros sentimos al contemplar la obra de un artista tan sobrecogedor».

(«Les éditions de la Revue Moderne», París, octubre 1966)

FIGUEROLA-FERRETTI

«La obra de M. Alcorlo, entre los jóvenes, es fina y sensible».

(«ARRIBA», noviembre de 1961)

BRUNO MORINI

«Ricorderemo di Alcorlo che le sue opere lo rivelano come egregio tonalista e compositore vigoroso ed equilibrato di masse...».

(«Il Giornale d'Italia», junio 1964)

FIGUEROLA FERRETTI

«Hay que subrayar, sobre todo, la gran riqueza de imaginaciones, es decir, la asociación caprichosa, y a veces enormemente divertida, de unas imágenes múltiples y encuadradas según el libre albedrío del pintor, que si puede darnos la perspectiva de un paisaje romano, de un magnolio o de un bodegón con excelente sentido plástico y aun dentro de la ortodoxia tradicional, es capaz también de urdir con gracia e ingenio, todo un mundo particular, donde sátira y poesía se dan la mano para cristalizar en un orden de «composiciones descompuestas», dentro de una órbita personal, pero familiar a las realizaciones plásticas de Marc Chagall. Digo esto exclusivamente para dar idea de la clase de terreno que ahora pisa Alcorlo, porque, insisto, ni su manera ni sus peculiares calidades materiales, densas y jugosas, tienen nada que ver con las de aquel artista ruso-francés.

Alcorlo es, así, un ejemplo vivo de la certera aplicación de una dotación técnica —tan frecuente y cuantiosa entre nosotros— a un objetivo determinado de expresión plástica; su pericia para recrear formas reales tiene, de este modo, un sentido trascendente, un «más allá», en el que la idea burlesca, lírica y jocunda se erige sobre cualquier primor formal, cuya existencia contribuye a exaltar una obra excelente».

(«ARRIBA», diciembre de 1965)

RAMON SAEZ

«Hay una estimación punzante en todo lo que pinta Alcorlo que incita al encuentro con la superrealidad inmediata. Pero, su verbo plástico resulta eficiente y bien articulado. Es el modo, el cultivo donde la pintura se hace organización y oficio de retorno, en lo que importa.

»El misterio de estos cuadros parte, indudablemente, de la ordenación renacentista italiana. Son producto de una observación espiritual bien cimentada. Con frecuencia, en Alcorlo, las cosas tienen este aspecto objetivo y fascinador con que las identificamos. De pronto, nos parecen familiares, y un instante después, nos cuesta reconocerlas. Ahí es precisamente donde reside la originalidad de este pintor; se ha instalado a caballo sobre la línea de demarcación entre el realismo y la superrealidad. Mas no le importa mezclar ambas cosas para obtener un conjunto de sugestión.

»Manuel Alcorlo tiene en el dibujo una suerte premeditada de raros primores, perfectamente separados de la pintura, pero integrados al mismo tiempo en un concepto de ordenación rica en asociaciones. Es pintura, más dibujo, más grabado, porque en ellos estriba la emoción de esos campesinos que entre visiones de leyenda, funden el sentido arcaico de la existencia».

(«El Español», 1966)

M. SANCHEZ CAMARGO

«Nosotros quisiéramos hablar largo y tendido sobre este artista... Manuel Alcorlo ha hecho una bella e importante exposición en la sala de la Dirección General de Bellas Artes; ha hecho un esfuerzo de años resumidos en una obra ancha y extensa, en una obra que bien pudiera calificarse de neoexpresionista —creemos que con más acierto que si decimos esa palabra tan huertera que se llama neofigurativismo—, y toda ella inmersa en una poesía, en un concepto «surrealista» visto al compás del color, visto al compás de otro sistema, ya que hay cuadros en que la realidad y el sueño, ese sueño que califica y ordena y fija lo que Freud presintió y lo que sólo los pintores han sido capaces de hacer realidad en la superrealidad.

»No todos los cuadros de Alcorlo, todos pintados con pincelada gruesa, ancha, profunda, extensa e in-

tenza, obedecen a una misma ordenación mental, no todos obedecen a un mismo pensamiento ideal o plástico, sino que están supeditados a la necesidad creacional; obedecen a estados de ánimo, a estados en los cuales la pincelada sigue igual ritmo de gran pintor, de pintor recoleto e íntimo y que necesita que, aparte de la pintura, quede en el lienzo la huella de un sentimiento lírico ese algo que no justifica a la pintura en sí, pero que en el caso de Alcorlo justifica modo y manera de concebir plásticamente... Esta exposición de Alcorlo en el que tanto —y justificadamente— creían, tenía obligación de realizar su reválida y examen y lo ha hecho con profusión, con regalo de sí mismo, como artista que no tiene nada que ocultar, sino decir abiertamente: "Creo ser pintor"...».

(«Hoja del Lunes», Madrid, enero 1966)

A. M. CAMPOY

«...El pintor madrileño es persona inteligente, profundamente observadora, tolerante y comprensiva, a juzgar por la versión que nos ofrece del mundo mirado. Si Alcorlo no tuviese una especie de poética comprensión para todo lo que mira, su obra estaría abocada a un expresionismo punzante y agrio. Pero, el pintor es inteligente y se conforma con sonreír al espectáculo que lo rodea, y sonríe al pasado también, y al porvenir. Por eso no hay gritos en esta pintura, por eso parece tan equilibrada toda ella, por eso no hay aquí salidas de tono... Y hay también piedad, no sólo por las gentes, sino también por los puros fenómenos de la naturaleza: sean crepúsculos romanos o magnolios de oscuro verdor.

...»Cuánta facilidad, cuantísima... No importa. No hay juventud que sea demasiada. Alcorlo está ahora en su gran momento inicial, pletórico, rebosante de posibilidades, propicio a dejarse seducir por las gracias de una ciudad tan inacabable como Roma. La trae en los

ojos y en la punta de los dedos, toda ella, toda Italia se le hace inexorable recuerdo en su paleta. Pero, no es la Roma, no es la Italia de los turistas sino su propia Roma, su personalísima Italia, pues todo lo que toca este pintor lo recrea mágicamente».

(«ABC», 1966)

«...Algo de música hay en su pintura mágicamente realista, algo de concierto tienen sus verdes deliciosos, sus miradas al crepúsculo romano... Alcorlo, como intérprete del mundo, es un excelente humor, es decir: alguien para quien el espectáculo de la vida le inspira tolerancia. A veces, eso sí, tiene el filo de una faca y si nos adentramos en sus cuadros-sonrisa corremos el riesgo de darnos un tajo en el alma. Humor, o sea, comprensión y melancolía.

...»Si en su pintura paisajística es todo lirismo, en su pintura social es sátira sonriente. Y en las dos es un pintor por encima de todo. Poesía e ironía son, en última instancia, dos pretextos para realizar una de las pinturas más nobles que yo he visto en los últimos años.

Luego tenemos al Alcorlo grabador, al fantástico dibujante. Su obra grabada es de una perfección insuperable... En el dibujo es un realista tan exacerbado que acaba en la pura poesía. No se puede dominar así la realidad sin salir disparado a la creación pura. ¡Qué cortejo de seres y de cosas en el dibujo ultrarrealista de Alcorlo!»

(«Estafeta Literaria», 1966)

SECCION «PLASTICOS Y PLASTAS» («La Codorniz»)

Estamos, usted y yo y el que visite la exposición de este hombre, ante un superdotado. Alcorlo sabe más de lo que debe saber un pintor. Sabe tanto, el tío, que

un día tendrá que dejar de pintar porque ya lo habrá pintado todo. La fabulosa habilidad técnica de Alcorlo puede ser hasta peligrosa. Puede emborracharle la mente y adormecer su instinto de creación. Alcorlo necesita plantearse nuevos problemas, quizás un gran problema para entrar de lleno en el glorioso reducto de los genios... El muestrario de sus obras es epatante, deslumbrante, insuperable, ostentoso, soberbio, señorial, magistral, espléndido, vistoso, majestuoso y muchos más adjetivos que nos hemos dejado en el tintero».

(«La Codorniz», 1966)

JOSE DE CASTRO ARINES

«El realismo de estos dibujos de Manuel Alcorlo exhibidos en la Sala Macarrón, son de naturaleza muy diversa y hasta de condición más que variable. Su realismo, a fuer de real, de minucioso, de analítico, es como el de Antonio López, más que real, más que de cosa que ver en el mundo de las cosas sensibles de nuestro universo cotidiano.

...Alegre, ágil, pronto, no busca lo complicado, sino lo cotidiano... Es el ánimo quien templó estas invenciones; es la gracia con que se animan... estos dibujos son un bello juego, al que cabe admirar en su valimiento y considerar en su importancia. Es un singular ejercicio que a este informador le place grandemente».

(«Informaciones», junio de 1967)

VILLAGOMEZ

«Al ver los primeros dibujos que Alcorlo expone en la Sala Macarrón, ganas me entraron de decir al maestro de ceremonias: Macho, no gastes más luz. Apaga y vámonos.

»Porque, señores y señoritas, Alcorlo es un caso mágico de asimilación y de expulsión. Alcorlo es un

divo. Alcorlo es un cruzado sin antorchas ni caperuzas. Alcorlo es un pez gordo de la línea, la curva y la quebrada. Este Alcorlo, tan cargado de vida, tan pleno de sabiduría y tan ejercitado en todas las habilidades que se pueden tejer en un caballete, este Alcorlo es un tipo aparte.

Como dibujante está tan maduro que me permito insinuarle la necesidad de que busque nuevas rutas a su pincel. Alcorlo tiene que atacar la investigación plástica, desentrañar nuevos jeroglíficos estéticos, descubrirnos el sexto océano o el octavo cielo. Alcorlo es una espingarda llena de explosivos. Amigo Alcorlo. Apunten. Fuego. Y caiga quien caiga».

(«La Codorniz», julio de 1967)

JOSE PRADOS LOPEZ

«La pintura y el dibujo de este artista es señaladamente emocional... Estamos tan acostumbrados a contemplar cuadros fríos, anodinos, sin temas, sin color de vida, ni humanidad, que estas obras de Alcorlo tienen la virtud de emocionarnos y decirnos que nos importan».

(«Madrid», 1967)

A. M. CAMPOY

«Sí, conocíamos bien la obra grabada de Alcorlo, y su pintura; pero, el encuentro con sus dibujos ha sido una de las sorpresas más felices de esta temporada. Con una expresividad solamente comparable a su pulcritud y lirismo. Alcorlo realiza aquí su obra más medular y definidora: ni antigua ni moderna, intemporal por su maestría y por su gracia, sugerente, llena de frescura, incisiva e imaginadora».

(«ABC», 1967)

«El festival Alcorlo es ciertamente eso: un alegre festival de colores y cosas, fingidos sobre elementos muy varios que el pintor conjunta con una gracia no poco surreal. A veces, lo tragicómico casi se vuelve cruel, y lo bufo, como siempre ocurre, se vuelve dramático. ¡Qué alegría de color, qué fiesta! Y cuánta sabiduría, y cuantísima habilidad para llegar a este «collage» pictórico, en el que los elementos dispares acaban hermanándose en virtud del ingenio y el oficio, como ocurre en el pop y en la ilustración norteamericana».

(«ABC», 1969)

M. A. GARCIA-VIÑOLAS

El nombre de festival le cuadra bien a este derroche de gracia, que adquiere luminosidades fabulosas en estas pinturas y dibujos de M. Alcorlo. El pintor tiene derecho a sonreírse de las cosas porque primero comienza a sonreírse de sí mismo. Esta exposición es una fiesta y no hay alma que no salga de aquí festejada, risueña y con ganas de abrazar con sus alas al prójimo... Pero, sobre decir lo que tiene de humor y de ironía la festiva presencia de esta pintura no debe remitirse la referencia a un dominio impresionante del dibujo, tantas veces probado por Alcorlo, y a una sensorial capacidad para convocar colores, que hacen de la mueca una sonrisa y del esperpento una obra de arte... Este contraste de fantasma y luz, de fealdad y esplendor, es lo que hace tan sugestiva y radiante la pintura de Alcorlo, que así celebra triunfalmente su festival de Pascua de Resurrección».

(«Pueblo», abril 1969)

L. FIGUEROLA FERRETTI

«El festival Alcorlo es una deliciosa definición de la nueva cota ganada por su autor al arte de pintar, ese

arte que se nos estaba quedando triste de tanto tópico expresivo y de tanta manía «ísmica», y que este pintor lo ennoblece y alegra con una gaya teoría de viveza circense expuesta, burla burlando, con gran sabiduría del oficio de pintar y el menester de vivir desenfadadamente».

(«ARRIBA», 1969)

J. R. ALFARO

«La pintura ha de ser siempre humana, nos confirma con su obra Manuel Alcorlo en la Galería Macarrón. Y si deja de serlo, corre el riesgo de morir... Manuel Alcorlo es actualmente uno de los talentos más vigorosos y personales de la pintura... Su pintura es una parodia y un inventario poético de las cosas que nos rodean. Toda su obra tiene unos acentos largos y una expresión de frescura que imponen a su pintura un carácter mágico y una vivacidad generosa, excepcionalmente atractiva.

Su sueño perfecto y su encarnación de lo imaginario, en lo real, se aúnan felizmente en el universo de este artista, que justifica la elección de los mejores valores de la pintura.

En toda la obra de Alcorlo su pintura parece correr el destino de convertirse en imagen significativa, con una proyección trascendente de nuestra mirada que marca uno de los momentos privilegiados, en que el hombre para otros hombres escapa a su materialidad y hace frente a su destino...

Solo y como a contrapelo, en pleno furor abstracto y expresionista, Alcorlo se pronuncia por una nueva manera de pintar que abre un universo nuevo, completo y apto a todas las metamorfosis. El no es un hombre de un género o de una época, sino el fundador de un orden nuevo, donde lo absurdo decide la más implacable lógica sensorial. Su actitud, disparatadamente creadora, desemboca incontenible sobre la más intransigente razón emocional».

(«Hoja del Lunes», 1968)

«Acaba de cerrarse la exposición de M. Alcorlo, que ha merecido no solo el unánime aplauso de la crítica, sino lo que es menos frecuente y más provechoso para el artista, la venta de la casi totalidad de los cuadros. No voy a fijarme en la obra artística, para lo cual me faltan títulos, sino en el fondo psicológico de la misma, en el «mensaje» de esta colección de cuadros y en la respuesta del público. Porque Alcorlo ha escogido como tema principal el mundo de los muñecos y del circo, al que ha dado vida y hondura con la perfección de su dibujo y la alegría de su colorido, al mismo tiempo que ha dejado transparentar la seriedad, y a veces la tristeza, escondida bajo las máscaras y figuras de los muñecos de trapo. Se hace inevitable la comparación con los arlequines y payasos de Picasso, aunque en éste predomina la tristeza, mientras que en Alcorlo queda velada, sin desaparecer, por unos tonos más alegres...

»Llamar payaso a un payaso no es ningún insulto, pero llamárselo a un político, a un «personaje», es el máximo menosprecio...

»En cualquiera de estas direcciones se esconden muy serios problemas del corazón humano, lo más entrañable del misterio del hombre. Nada de extraño tiene que atraiga a los artistas, a quienes pertenece el misterio, que sólo puede expresarse con el arte (poesía, pintura, música), cualquiera de los medios de forjar una forma, un «mito», tras del que se esconde, como en la máscara del payaso, una gran riqueza de sentimientos. Alcorlo ha dado en la diana con los pinceles, porque en sus cuadros hay payasos que despiertan ternura, alegría, tristeza, compasión. No son meros cuadros decorativos, no. Son cuadros para sentarse ante ellos y pensar, meditar».

(«YA», 1969)

M. A. GARCIA-VIÑOLAS

«Hay en esta pintura regocijo, que es una especie de espumosa de la alegría; pero, no hay risa. La pintura de Alcorlo es cosa muy seria y no se deja oscurecer por esos otros alicientes de la gracia, que asoma por las grietas que abre la ironía en el arte fantástico de Alcorlo. La pintura tiene aquí un cuerpo serio que no se deja distraer por nada; pero pintar en serio no es lo mismo que pintar lo serio. Los temas graves no seducen a este pintor, que sabe darle un quiebro grácil a la formalidad, pero sin perder jamás la forma. Por esto cada exposición suya no es sólo una fiesta para los ojos y el ánimo, sino también para el juicio apreciador de lo que es el arte de pintar; porque pocas veces se alían, en tan justa proporción, esas cualidades —oficio, sátira, sugestión, misterio, dibujo, gracia, sentido del color, etc.— que hacen plena y armoniosa una pintura. El sugestivo «realismo fantástico» que cultiva Manuel Alcorlo se mueve en pequeños espacios de pintura, acaso demasiado pequeños para la gran fiesta mordaz en la que uno quisiera solazarse, como en su tiempo se gozaron y a lo grande, El Bosco y Brueghel, con quienes la pintura de Alcorlo anda, por cierto, emparentada».

(«PUEBLO», mayo 1970)

«El dibujo de M. Alcorlo —que ya casi se hace pintura y no por fuerza del color, sino de la expresividad— tiene tantas calorías humanas que no nos deja asombrados de su destreza en el oficio porque nos contagia de la emoción de vida que se acumula en él, y eso, exactamente eso, es el arte. Está claro que M. Alcorlo puede resolver cualquier forma que le ofrezca la realidad o la imaginación, pero ese alarde de dominio, ese perfecto ejercicio formal no bastaría explicar por sí mismo la cálida emoción que suscitan sus imágenes. Hay en todas ellas incluso en las de tema me-

lancólico y afín a la ternura, una alegría que sólo puede ser la espuma del gozo de vivir y de pintar. Manuel Alcorlo dibuja con la sonrisa puesta, mirando con ojos limpios de mensajerías panfletarias —que no pasan de ser, en muchos casos subterfugios con los que se alivia la incapacidad— es vida de la que él mismo forma parte y que unas veces sorprende la escena callejera o el gesto humano, y otras se encanta en el hogar o se recrea en la imaginación».

(«PUEBLO», mayo 1971)

JOSE HIERRO

«Entre los artistas jóvenes, pocos conozco tan dotados como Alcorlo. Tiene, en primer lugar, unas fabulosas condiciones como dibujante. No se trata de que haya seguido con aprovechamiento unas enseñanzas que le capaciten para dibujar con corrección. Ya sabemos que esto puede aprenderse. Lo que no se puede aprender, sino que es innato, es a hacer viva y expresiva una línea...

Pero, además de esto, hay en este artista una rara sensibilidad y un mundo rico, imaginativo, sorprendente siempre...

Este mundo barroco e inquietante que es el de Alcorlo, expresionista y agrio, aunque los estallidos de ayer se hayan apaciguado en esta obra de hoy, representan en mi opinión una de las aportaciones más serias de la pintura joven».

(«NUEVO DIARIO», mayo 1971)

VILLAGOMEZ

«Tiene mérito este talentado «bon vivant», este humanista de necesidades perentorias, este soñador funambulesco que atrapa lo onírico con cazamariposas para ayudarse en la digestión.

Alcorlo sigue no en el camino que a sí mismo se ha trazado, sino el otro, el que le marcan con sonos de trompetería desde el más allá y el más acá del misterio. Le gusta la vida, le gusta el amor, le gusta el razonar al viento de todas las ideas y hace del sofisma algo plástico y apto para ser colocado en una repisa...

Alcorlo está en lo suyo y a lo suyo se entrega con el máximo de sentimentalismo y con un raro, rarísimo y enorme talento.

En técnica nadie le podrá mejorar. La contemplación de sus cuadros es tan aleccionadora como estudiar a Durero o Leonardo. No es blasfemia, no. Comprendo que a los impotentes e impuros les cueste trabajo reconocerlo. Pero, inténtenlo, señores míos...

En Alcorlo no hay trampa ni cartón. Lo que hace, lo hace bien y a conciencia, poniendo entusiasmo y honradez en el condimento...

Es muy probable que Alcorlo permanezca, aun después de la extinción de sus recursos naturales y más allá de lo que tenga, tuviera o tuviese que decir».

(«La Codorniz», 1971)

JULIAN CASTEDO MOYA

«De nuevo, la pintura de Alcorlo, como un premio inesperado... La obra de Alcorlo, además de reposar sobre un virtuosismo en el dibujo, realmente admirable, está cargada de buenas ideas literarias...

Alcorlo procede, en su trabajo, a la creación de un universo, hecho a la medida de su talento, que es muy grande...

Ahora el color se ha hecho más contenido, y se camina hacia una economía expresiva, no muy a la vista, capaz de decir mucho; y el dibujo, si cabe, se ha hecho más denso y delicado, y la temática, «recapri-chante», mordaz y amable, presta a ser la base de este

pequeño Bosco, diablo cordial —natural y vecino de Madrid— llamado Alcorlo, se torna viva y verdadera como la copa de un pino».

(«Madrid», mayo 1971)

A. M. CAMPOY

«...a su disciplina externa de dibujante excepcional une una intimidad conceptual de lo más rica que conozco en cuanto a contemporaneidad, poesía, ternura, humor, patetismo e inteligencia. La expresión de Alcorlo es la grafía, no importa que en sus obras admiremos un colorido de lo más delicado. Este Alcorlo dibujante que ahora expone en la Galería Macarrón, es, entre nosotros, único. La realidad no puede llegar a más, pues si llega, se funeraliza en su propia salsa y se convierte literalmente en un testimonio que siempre será más pobre que la fotografía. El realismo de Alcorlo es, por el contrario, el resultado de una traducción personal, diríamos que es la vida personalmente acentuada, lo cotidiano pasado por las pupilas y los dedos de un auténtico creador».

(«ABC», mayo de 1971)

CARLOS AREAN

«El inolvidable y fantasmagórico inventor del «Festival Alcorlo», es uno de nuestros pintores más variados y ricos. Es pintor incluso cuando no sabemos por qué le llama dibujos a sus pinturas sobre papel...

Da lo mismo que Alcorlo haga un retrato como un encuentro de personajes inventados que flotan en el aire, como un paisaje recio aunque alegre en su trasfondo. La última confidencia de este autor, ese secreto que veladamente nos comunica día a día, es que todo puede convertirse en todo y que la forma no es impenetrable ni estática, sino que puede volar y disolverse y fundirse con otra forma. Recrear así Alcorlo a todas

horas el Festival, aunque éste no sea únicamente alegre, sino que tenga muy a menudo mucho de trágico en su trasfondo y en la garra acerbamente expresionista con la que radiografía la intimidad más escondida de sus personajes o de sus piedras y tierras, llenas también de alma y casi humanizadas en su poso de siglos, convertido por el pintor en forma plástica que habla y canta».

(«Estafeta Literaria», 1971)

VILLAGOMEZ

«Uno tiene mala memoria, pero les digo a ustedes, señoras y señores, que este hombre tiene la virtud (¿será virtud?) de recordarme una frase de Nietzsche: «Lo que me importa no es la vida eterna, sino la vivacidad eterna»...

Alcorlo es lo más alegre que pudiera o pudiese encontrarse a lo largo y a lo ancho de España.

Alcorlo es un diestro exquisito que hace del pinto-resquismo sustancias para alimentar a todos los pájaros vagabundos que pastan sobre esta piel de toro que es España.

Alcorlo merece un acto de desagravio por los delitos de desacato que cometen contra él los desasistidos de la poesía y los hipotensos de la parte derecha de la estética, pues ya se sabe que los gitanos no quieren a sus hijos con buenos principios.

Alcorlo es diferente, sorprendente. Alcorlo es un ente que merece más entente entre las buenas y las malas gentes.

Además, se nos ha aliado con Buster, el viejo Buster que nombramos sin apellido porque así ha de ser y porque sus merecimientos exigen la más sumisa genuflexión del mundo.

¡Qué pareja para aventurar todos los pájaros de mal agüero y eliminar todas las telarañas del alma!

Pintura, ópera cómica. Pasen los que tengan pupila, oreja y víscera cordial. Vean a la feroz fiera funesta de la tecnocracia plástica bailando sobre un globito de cristal de Sajonia. ¡Qué dominio el del domador! Pasen y degusten las propias palabras de Alcorlo que opina de todo y no se conforma con nada...»

(«La Codorniz», abril 1972)

JOAQUIN DE LA PUENTE

«Manuel Alcorlo es, sin duda, un extraordinario superdotado. Ha nacido para pintor. Ha nacido pintor. Lo es de los pies a la cabeza. De cuerpo entero. Pero ha nacido también para artista. Ha percibido inmediatamente que el superdotado puede malgastar sus facultades y energías en el virtuosismo y en la banalidad. Tiene en sí la mejor arma para defenderse del mayor y peligroso enemigo con que cuenta; para someter a la voluntad creadora sus asombrosas facultades de ejecutante, sus nada comunes posibilidades para la representación figurativa, dotada de las más excelentes cualidades. Le defiende de sí mismo la inquietud, la seguridad proporcionada por un saberse a la par poderoso e impotente. Ese íntimo desasosiego de sentirse capaz de mucho y no de todo cuanto se concibe en los entresijos de la sensibilidad y de la inteligencia, duele pero tensa. Pone en tensión la fuerte personalidad de pintores natos como Alcorlo les libra del triste riesgo de abandonarse a cuanto ya son, a la explotación del éxito precoz —por tal, prematuro—, con cada vez más insípidas variaciones sobre el mismo tema de lo que por suerte natural encontraron en sí y no fue fruto de denodada conquista...

Sé seguro que Alcorlo se halla empeñado en esta única manera de ser y hacerse. De ser y hacerse hombre. De ser y hacerse artista; más que pintor. Conozco el hecho, no solamente porque haya presenciado desde

algo así como unos diez años la marcha ascendente de la pintura de Alcorlo; porque haya visto obligar a su diestro y certero dibujo a expresividades densas e intensas, a rigores dispuestos a decidir las situaciones del espíritu más que las académicas representaciones formales. Porque sea testigo de cómo su destreza insólita para valérselas con oficio y factura —sin trabas, incluso cuando se complace en la ardua encáustica—, logra transirse de la emoción. Ni tampoco doy fe del hecho porque conozca cómo elabora aguafuertes y xilografías poniendo los hábiles y numerosos resortes técnicos de que dispone en plena conjunción con más importantes decisiones de índole emocional. Quizá saber tanto de Alcorlo sea suficiente para estar convencido de la inquietud que le transe, le fuerza a ser él, a la procura de un él sobresalido de sí. El dato hondamente revelador para mí es, sin duda, el de las crisis padecidas por el artista. Esas crisis que, para su desgracia, no suelen padecer los pintores —sólo pintores— superdotados.

Ni que decir tiene que las crisis de Alcorlo no han significado ningún desfallecimiento menospreciable dentro de su producción, en la calidad exacta de las obras surgidas de su pincel en tan penosos y fecundos estados de ánimo. Sus crisis no han hecho otra cosa que plasmar francamente la problemática individual de un auténtico creador, y ya es suficiente. Ya esto es merecedor de todas las atenciones...

Realidad y subjetivación andan de la mano en el arte de Alcorlo, dominando —como es justo y obligado— la segunda. La subjetivación es tanta y tan herida e hiriente que el espectáculo pictórico ofrecido por Alcorlo y disparado sobre nuestra perpleja mirada y desconcertado entendimiento, raya con lo ininteligible, vibra con el vivir irracional humano; plasma lo siempre inenarrable, de usarse sólo sintaxis lógicas y matemáticas. Redunda magia, misterio, vivir anímico angustiado. Claro es contra la angustia. Alcorlo esgrime el

ácido sarcasmo de sus cuadros de humor, aquellos en que la sorna nos acuchilla. Mas también angustian. También ejercen la maléfica magia totémica de querer poseer la vida mediante la representación...

Mágico, subjetivismo plástico de primer orden, es el extraño microcosmos psíquico, acaso sicótico, de inteligencia aterradora, vertido en lienzos y papeles por Alcorlo...

Mensaje de magia es del primero al último contexto expresivo del concepto vital de Alcorlo. Mágica asimismo es su pintura, la pintura misma; examinada aparte de lo demás que expresan sus magníficos cuadros».

Catálogo de Exposición en la sala de la Dirección General de Bellas Artes, 1965-66.

ESQUEMA DE SU VIDA

1935

— Nace en Madrid, el 10 de junio.

1947

— Inicia sus estudios artísticos en la Escuela de Artes y Oficios.

1949-1950

— Prosigue sus estudios en la Escuela de Cerámica de la Moncloa y Círculo de Bellas Artes de Madrid.

1953

— Ingresa en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, en donde seguidamente obtiene los premios «Carmen del Río» y «Sotomayor».

1954

— Expone por vez primera en la Exposición Nacional de Bellas Artes.

1955

— Primera exposición individual en la TAU de Madrid. III Exposición de Primavera, al aire libre, en la Feria del Libro.
Premio en la exposición de Christmas de Galerías Preciados.
Salón de Otoño de Sevilla.

1956

- IV Exposición de Primavera al aire libre.

1957

- Obtiene tercera medalla de pintura y dibujo, respectivamente, en la Exposición Nacional de Bellas Artes.
V Exposición de Primavera al aire libre.
Primer viaje a Italia.
VIII Exposición del Casino de Salamanca.
VI Premio de Galerías Preciados.

1958

- Exposición en la primera Conferencia de Artes Plásticas en el Fomento de las Artes. Medalla de oro de El Paular, en la residencia de pintores de Segovia. Termina sus estudios en San Fernando. II Premio de Galerías Preciados.

1959

- Premio Alcántara en el Círculo de Bellas Artes, para pintura joven. Premio Rodríguez Acosta, en los Festivales de Granada. Participa en la Exposición de Grabadores en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Exposición de 20 Años de Pintura Española, en Lisboa.

1960

- Segunda exposición individual en el Ateneo de Madrid. Obtiene por oposición una de las plazas de pensionado en la Academia de España en Roma. Exposición en la Galería Toisón. Participa en el X Salón de Grabado. Exposición en la Fundación Rodríguez Acosta de Granada. Exposición Veinticuatro pintores actuales, en el Ayuntamiento de Valladolid.

1961

- Segundo Premio del Ayuntamiento de Madrid en

el XI Salón de Grabado. Exposición Antológica: «Primavera, 10 años al aire libre».

1962

- Exposición nueve grabadores contemporáneos, en el Club Urbis. IV Exposición de Grabado (Internacional en Lubljana (Yugoslavia). Exposición Nacional de Bellas Artes.

1963

- Segunda Medalla en el XII Salón de Grabadores. Exposición artistas españoles contemporáneos (exposición volante de la Dirección General de Bellas Artes). Viaje a París. Viaje a los Países Bajos. Visita Bélgica y Holanda. Viaje a Londres. Vuelta a Roma. Participa en la Bienal de Alejandría. Viaje a Grecia.

1964

- Exposición en Palermo. Exposición en Roma. Premio en el Concurso Internacional de Pintura de Maggio Engubbino, en Gubbio (Italia). Exposición en Spoleto. Exposición en la Academia de España. Termina su período de pensionado.

1965

- Bienal de París. Participa en la Exposición 40 Pintores jóvenes, en el Círculo de Bellas Artes. Exposición en la Sala de la Dirección General de Bellas Artes, Madrid.

1967

- Exposición en Galería Da Vinci (Madrid). Exposición en Sala Grises (Bilbao).

1968

- Exposición en Casa del Siglo XV (Segovia). Participa en una exposición colectiva en la misma galería segoviana.

1969

— Galería Theo. (Madrid). Galería Macarrón (Madrid).

1970

— Galería Da Vinci (Madrid).

1971

— Galería Macarrón (Madrid). Sala Monzón (Madrid).

1972

— Galería SEN (Madrid). Galería SUR (Santander).
Galería Antonio Machado (Madrid).

ESQUEMA DE SU EPOCA

1900

- Gaudí construye el laberinto del Parque Güell en Barcelona. Primera estancia de Picasso en París.

1901

- Picasso funda en Madrid la revista «Arte Joven» y expone en Barcelona. Vuelve a París. Comienza su «época azul». Muere Toulouse-Lautrec.

1902

- Exponen juntos Matisse y Picasso en París. Kandinsky abre una escuela de arte.

1905

- Se inician los movimientos del fauvismo en Francia y el expresionismo en Alemania. Picasso comienza su período «rosa».

1906

- Picasso se interesa por el arte primitivo, ibérico y negro. Comienza a pintar «Les demoiselles d'Avignon». Muere Cézanne.

1907

- Aparecen en público las primicias del cubismo.

1909

- Marinetti envía el Manifiesto Futurista a París donde Severini lo hará publicar en «Le Figaro». Cubismo analítico de Picasso. Modigliani encuentra a Brancusi e inicia sus trabajos de escultor.

1910

- Carrá, Balla, Boccioni, Russolo y Severini escriben el Manifiesto de la Pintura Futurista, en Milán. Picasso pasa una temporada en Cadaqués con Derain. Primeros dibujos y acuarelas no figurativos de Kandinsky y aparición de «Lo espiritual en el arte», del mismo pintor. Gran exposición Rouault.

1913

- Larionov publica el «Manifeste Rayonniste». Apollinaire publica «Los pintores cubistas».

1914

- I Guerra Mundial.

1915

- Pintura metafísica de Chirico. Carrá se separa del movimiento futurista.

1916

- El poeta rumano Tristán Tzara, el escultor Hans Arp y los escritores Ball y Hülsembeck fundan en Zurich el «cabaret Voltaire» y comienzan el movimiento dadaísta.

1917

- Picasso, en Roma, pinta los decorados de los ballet Diaghilev. Picabia publica en Barcelona el primer número de la revista «391».

1918

- Manifiesto del Purismo. Exposición de Modigliani en Berthe Weill, cerrada por la policía. Primera exposición de Miró en Barcelona.

1919

- Muere Renoir. Primer encuentro Miró-Picasso. En Weimar, el arquitecto Gropius funda la Bauhaus.

1920

- Modigliani muere en París a los 36 años. Rosenberg publica «el Neoplasticismo» de Mondrián. Pevsner y Gabo realizan el «Manifiesto realista».

1921

- Siqueiros publica en Barcelona un manifiesto de arte revolucionario mejicano. Van Doesburg funda en Weimar un grupo «Stijl» en colaboración con la Bauhaus. Kandisky funda en Moscú la Academia de Artes y Ciencias de todas las Rusias. Marinetti habla en París sobre un arte nuevo, el «Tactimismo».

1923

- Le Corbusier publica «Hacia una arquitectura».

1924

- André Breton publica el «Manifiesto del Surrealismo». Conferencia de Juan Gris en la Sorbona sobre «Las posibilidades de la pintura».

1925

- Primera exposición en París del grupo surrealista (Arp, Chirico, Ernst, Klee, Ray, Masson, Miró, Picasso y Roy). Mondrián publica el libro «Las nuevas formas».

1926

- Fallecen Gaudí y Monet. Ernst publica «Historia Natural» y Van Doesburg el «Manifiesto del elementalismo». Zervos funda los «Cahiers d'Art».

1927

- Mueren Juan Gris y Mary Cassat.

1928

- Breton publica «El surrealismo y la pintura». Julio González inicia sus obras escultóricas.

1929

- Breton publica el «Segundo Manifiesto del Surrealismo». Muere Diaghilev. Buñuel y Dalí realizan su película «El perro andaluz». En todo el mundo se produce una gran crisis económica.

1931

- Se proyecta en París la segunda película de Buñuel y Dalí, «La edad de oro». Chagall ilustra la Biblia. Viaje de Matisse a Tahití. Miró decora ballets en Montecarlo. Fallece Van Doesburg.

1932

- Primera exposición Calder en París. La Bauhaus se instala en Berlín. Se funda en París el grupo Abstracción-Creación.

1933

- Bajo la política de los nazis, Schmidt-Rottluff es excluido de la Academia de Bellas Artes. Schlemmer es destituido de su puesto de profesor en Berlín, se exila Schwitters, Klee debe volver a Suiza y Kandinsky se instala cerca de París; finalmente, se cierra la Bauhaus de Berlín. Tamayo decora el conservatorio de música de Méjico.

1935

- Mueren Signac y Malevitch. Dalí publica «La conquista del irracional».

1936

- Guerra civil española. Gran exposición internacional del surrealismo en Londres.

1937

- Picasso pinta Guernica.

1938

- Exposición internacional del Surrealismo, en París. En el segundo Salón de Arte Mural exponen Matisse, Picasso, Léger, Delaunay, Derain, etc.

1939

- Termina la guerra civil en España. II Guerra Mundial.

1940

- Mueren Vuillard y Paul Klee. Georges Rouault se dedica a la pintura religiosa.

1941

- Salvador Dalí hace una exposición retrospectiva en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. Fallece Delaunay.

1942

- Fallece Julio González. Miró comienza a decorar cerámicas de Artigas.

1943

- Mueren Denis, De Smet y Soutine. Braque ofrece una exposición retrospectiva en el Salón de Otoño.

1944

- Mueren Kandinsky, Munch, Marinetti y Mondrián.

1945

- Mueren Solana, Zuloaga y Sert. Chagall realiza los decorados de «El pájaro de fuego» de Strawinsky.

1946

- Fallece Moholy-Nagy. Picasso pinta cerámicas en Vallauris. Aparecen los jóvenes pintores ingleses: Adler, Colquhoun, Macbryde, Vaughan, Trevelyan y Bacon.

1947

- Braque publica sus «Cuadernos». Se funda en Zaragoza el primer grupo abstracto (Lagunas, Laguardia y Aguayo). Muerte de Bonnard. Primera exposición de Buffet.

1948

- Fundación de la Escuela Altamira en Santander: Gullón, Vivanco, Ferrant, Cossío, Baumeister, etc. Exposición abstracta de Sempere. Aparición del grupo «Dau al Set»: Brossa, Puig, Tàpies, Cuixart, Tharrats, Ponç y Cirlot. Joven escuela de Madrid: Delgado, Olmo, Sanjosé, Martínez Novillo y Núñez Castelo. Gran Premio a Braque en la Bienal de Venecia y de Grabado, en la misma Bienal, a Chagall.

1949

- Muere Ensor. Gran exposición en París de Picabia.

1950

- Muere Max Beckman. Bienal de Venecia: Matisse, Severini, Carrá son premios en pintura.

1951

- Fallece Permeke. Primera Bienal de São Paulo. Tamayo expone en París. Primera Bienal Hispanoamericana.

1952

- Raoul Dufy, premio en la Bienal de Venecia; Nolde, premio de grabado y Calder de escultura en la misma Bienal.

1953

- Picasso pinta «La guerra y la paz». Léger decora la gran sala de la ONU. Muere Dufy. También Picabia. Primera exposición de arte abstracto, con carácter internacional, en Santander.

1954

- Arp, premio de escultura y Ernst de pintura en la Bienal de Venecia. Exposición retrospectiva de Rouault en Milán.

1955

- Gran Premio de la Bienal de São Paulo para Léger.

1956

- Muere Pollock. Formación del primer «Grupo Parpalló», en Valencia.

1957

- Formación del grupo «El Paso», en Madrid. «Equipo 57» lanza desde París un manifiesto. Se estructura en Barcelona el «Equipo Forma». Giorgio Morandi es Premio de la Bienal de São Paulo. Exposiciones retrospectivas de Nolde en Munich y Hamburgo.

1958

- Formación del «Grupo Tago», en Mallorca. Formación del grupo internacional «Ibiza 59».

1959

- Formación de los grupos «Espacio», en Canarias, y «Krit» y «Síntesis» en Barcelona.

1960

- Manifiesto del nuevo realismo en Milán. Gran momento, dentro de nuestras fronteras, de la pintura no figurativa.

1961

- Exposición del «Grupo Hondo» en Madrid.

1963

- Muere Braque.

1964

— «Equipo Crónica» de Valencia.

1966

— Fallecen Arp, Carrá, Severini y Breton.

1967

— Muere Magritte. Exposición en Madrid de «Nueva Generación».

1968

— Fallece Fujita.

1972

— Canogar Premio Bienal de São Paulo.

BIBLIOGRAFIA BASICA

- ALFARO, J. R.: **Disparate y poesía en la obra de M. Alcorlo**, «Hoja del Lunes», 1969.
- AREAN, CARLOS: **Alcorlo**. «Estafeta Literaria», 15 julio de 1971.
- CAMPOY, A. M.: **Alcorlo**. «ABC», enero de 1966.
- **Alcorlo**. «Estafeta Literaria», enero 1966.
- **Alcorlo**. Crítica de Exposiciones, «ABC», abril 1969.
- **Alcorlo**. Crítica de Esposiciones. «ABC», mayo de 1971.
- CASTEDO MOYA, J.: **El retablillo de Alcorlo**. «Madrid», mayo de 1971.
- CASTRO ARINES, J. de: **El realismo de Alcorlo**. «Informaciones», 24-6-67.
- **Nuevo Festival Alcorlo**. «Informaciones», 13-5-1970.
- CHENEY, Seldon: **Historia de la pintura moderna**. Seix-Barral, Barna., 1957.
- DIONISIO, Mario: **Introducción a la pintura**. Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- FIGUEROLA-FERRETTI, L.: **XI Salón del Grabado**. 26-11-1961.
- **La pintura de Alcorlo**. «Arriba», 26-12-1965.

- **El festival Alcorlo.** «Arriba», 23-4-1969.
- FREUD, S.: **Püsicoanálisis del Arte.** Alianza Editorial, Madrid, 1971.
- GARCIA-VIÑO, M.: **Pintura española neofigurativa.** Guadarrama, 1968.
- GARCIA-VIÑOLAS, M. A.: **Festival Alcorlo.** «Pueblo»,
— **Manuel Alcorlo y Carmen Pagés,** 13-5-1970.
- GOMEZ SANTOS, M.: **Alcorlo y su pequeño mundo.**
«ABC», abril 1969.
— **Noticia de Manuel Alcorlo.** «ABC», mayo 1971.
- GUARDINI, R.: **La esencia de la obra de arte.** Guadarrama, 1970.
- HAUSER, A.: **Introducción a la Historia del Arte.** Guadarrama, 1961.
— **Historia social de la Literatura y el Arte.** Guadarrama, 1960.
- HIERRO, J.: **Alcorlo.** «Nuevo Diario», mayo de 1971.
- KANDINSKY, W.: **Punto y línea sobre el plano.** Barral Editores, 1971.
- MORINI, B.: **Mostra d'arte all'Academia spagnola nella suggestiva residenza al Gianicolo.** «Il Giornale d'Italia», 22-23-6-1964.
- PERCHE, Fr.: **Manuel Alcorlo.** «Les éditions de la Revue Moderne», París, 10-1-1966.
- PRADOS, J.: **Alcorlo.** Madrid, 17-6-1967.
- PUENTE, J. de la: **Catálogo de la Exposición de M. Alcorlo en la Sala de la Dirección General de Bellas Artes,** 1965.
- READ, H.: **El significado del arte.** «Losada», Buenos Aires, 1954.

- ROMERO BREST, J.: **La pintura europea contemporánea**. Fondo de Cultura Económica. Breviarios, 1958.
- SAEZ, R.: **Manuel Alcorlo**. «Es Español», diciembre 1965.
- SANCHEZ CAMARGO, M.: **Manuel Alcorlo**. «Hoja del Lunes», 10-1-1966.
- SEDLMAYR, H.: **La revolución del arte moderno**. Rialp, Madrid, 1958.
- Revista «Tropos», número extraordinario, 2.º y 3.º trimestre 1972.
- TROTZKY, L.: **Sobre arte y cultura**. Alianza Editorial, 1971.
- VACA, C.: **La seriedad de los payasos**. «Ya», 1969.
- VAN GOGH, V.: **Cartas a Theo**. Barral Editores, Barcelona, 1971.
- VEYRAT, M.: **Mágico Alcorlo**. «Nuevo Diario», 1970.
- VICENT, M.: **Manuel Alcorlo: Los objetos y el cerebro**. Madrid, 7-5-1970.
- VILLAGOMEZ: **Pensionados de Roma**. «La Codorniz», noviembre 1966.
- **Alcorlo**. «La Codorniz», enero de 1966.
- **Alcorlo**. «La Codorniz», 2-7-1967.
- **Alcorlo**. «La Codorniz», mayo de 1971.
- **Alcorlo**. «La Codorniz», abril, 1972.
- WENTINCK, Ch.: **Historia de la pintura europea**. Plaza-Janés, 1967.
- WIND, E.: **Arte y anarquía**. Taurus, 1967.

INDICE

Introducción	7
Apuntes biográficos	11
Láminas	33
El pintor ante la crítica	55
Esquema de su vida	73
Esquema de su época	77
Bibliografía básica	85

COLECCION

«Artistas Españoles Contemporáneos»

- 1/Joaquín Rodrigo, por Federico Sopena.
- 2/Ortega Muñoz, por Antonio Manuel Campoy.
- 3/José Llorens, por Salvador Aldana.
- 4/Argenta, por Antonio Fernández Cid.
- 5/Chillida, por Luis Figuerola-Ferretti.
- 6/Luis de Pablo, por Tomás Marco.
- 7/Victorino Macho, por Fernando Mon.
- 8/Pablo Serrano, por Julián Gallego.
- 9/Francisco Mateos, por Manuel García-Viñó.
- 10/Guinovart, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
- 11/Villaseñor, por Fernando Ponce.
- 12/Manuel Rivera, por Cirilo Popovici.
- 13/Barjola, por Joaquín de la Puente.
- 14/Julio González, por Vicente Aguilera Cerni.
- 15/Pepi Sánchez, por Vintila Horia.
- 16/Tharrats, por Carlos Areán.
- 17/Oscar Dominguez, por Eduardo Westerdahl.
- 18/Zabaleta, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
- 19/Failde, por Luis Trabazo.
- 20/Miró, por José Corredor Matheos.
- 21/Chirino, por Manuel Conde.
- 22/Dali, por Antonio Fernández Molina.
- 23/Gaudi, por Juan Bergós Masso.
- 24/Tàpies, por Sebastián Gasch.
- 25/Antonio Fernández Alba, por Santiago Amón.
- 26/Benjamin Palencia, por Ramón Faraldo.
- 27/Amadeo Gabino, por Antonio Garcia-Tizón.
- 28/Fernando Higuera, por José de Castro Arines.
- 29/Miguel Fisac, por Daniel Fullaondo.
- 30/Antoni Cumella, por Román Vallés.
- 31/Millares, por Carlos Areán.
- 32/Alvaro Delgado, por Raúl Chávarri.
- 33/Carlos Maside, por Fernando Mon.
- 34/Cristóbal Halfter, por Tomás Marco.
- 35/Eusebio Sempere, por Cirilo Popovici.
- 36/Cirilo Martínez Novillo, por Diego Jesús Giménez.
- 37/José María de Labra, por Raúl Chávarri.
- 38/Gutiérrez Soto, por Miguel Angel Valdellou.
- 39/Arcadio Blasco, por Manuel García Viñó.
- 40/Francisco Lozano, por Rodrigo Rubio.
- 41/Plácido Fleitas, por Lázaro Santana.
- 42/Joaquín Vaquero, por Ramón Solís.
- 43/Vaquero Turcios, por José Gerardo Manrique de Lara.

- 44/Prieto Nespereira, por Carlos Areán.
45/Román Vallés, por Juan Eduardo Cirlot.
46/Cristino de Vera, por Joaquín de la Puente.
47/Solana, por Rafael Flórez.
48/Rafael Echaide y César Ortiz Echagüe, por Luis Núñez L.
49/Subirachs, por Daniel Giralt-Mirade.
50/Juan Romero, por Rafael Gómez Pérez.
51/Eduardo Sanz, por Vicente Aguilera Cerni.
52/Augusto Puig, por Antonio Fernández Molina.
53/Genaro Lahuerta, por A. M. Campoy.
54/Pedro González, por Lázaro Santana.
55/José Planas Peñalvez, por Luis Núñez L.
56/Oscar Esplá, por Antonio Iglesias.
57/Fernando Delapuenta, por José Luis Vázquez-Dodero.
58/Manuel Alcorlo, por Jaime Boneu

En preparación:

Cardona Torrandell,
Zacarias González,

*Esta monografía sobre la vida y la
obra del pintor Manuel Alcorlo
ha sido impresa en los talleres de
Edigraf - Barcelona*

ble, dominio del oficio y una gran inteligencia constituyen las características de la pintura de este hombre que se encuentra, además, plenamente enraizado en su sociedad. Alcorlo es, por cuanto hemos dicho, una de las firmes realidades del arte español de nuestros días.

Precio: 60 Ptas.

SERIE PINTORES

